

Bibliotecas en los bordes

Edgardo Civallero

Uno de los acervos de experiencias bibliotecarias más ricos, plurales e interesantes que existen —y uno de los menos conocidos, estudiados y apreciados— es el de las *bibliotecas en los bordes*.

Se trata de esas bibliotecas que transitan "camino al costado del mundo": no siempre totalmente fuera del sistema, pero nunca completamente dentro. A veces se trata de bibliotecas olvidadas que operan en áreas a las que ni autoridades ni organismos prestan atención: lejanas zonas rurales o cinturones de pobreza urbanos. Otras, de bibliotecas a las que no les importa pasar desapercibidas siempre que puedan desarrollar tranquilamente sus actividades: proyectos comunitarios, bibliotecas de movimientos sociales o políticos, unidades anarquistas, proyectos estudiantiles o alternativos, y muchas otras. En ocasiones son propuestas de vida corta e intensa; en otras, van adquiriendo forma y ganando solidez según pasan los años, hasta convertirse en verdaderas referencias, aunque siempre, en líneas generales, fuera del radar y de los mapas oficiales.

América Latina, por sus características geográficas, históricas, económicas, sociales, políticas y culturales, es un terreno fértil para este tipo de unidades. Bibliotecas cuyo trabajo no ha sido identificado o sistematizado —a pesar de que las hay por cientos— y que, de aparecer mencionadas en los espacios académicos o en los circuitos mediáticos, lo hacen como curiosidades o notas al margen: ese toque pintoresco o exótico que vuelve rápidamente a la invisibilidad y es olvidado para pasar a "lo importante".

Se trata de unidades que, conscientes de ello o no, con capacitación o sin ella, son dignas de servir de modelo o referencia para muchas otras. Se han adaptado muy flexiblemente (y, a veces, a la fuerza) a entornos, poblaciones y circunstancias difíciles, cuando no directamente adversas. Trabajan con escasos recursos —cuando los hay— dando servicios a poblaciones a veces terriblemente necesitadas y que pueden estar enfrentando un sinnúmero de problemas. Las bibliotecas acomodan su propia estructura física a las realidades en las que se mueven: adecúan sus colecciones y sus servicios, establecen lazos y alianzas con todos los actores posibles —en situaciones de escasez y adversidad, la unión hace la fuerza— y se las ingenian para encontrar recursos en donde parece no haberlos. Y si no los hay, los imaginan o los inventan. O aprenden a seguir adelante sin ellos durante el tiempo que se pueda.

No se trata de un acto de magia, ni de un milagro: semejante lucha cotidiana tiene su precio. Muchas de ellas, como es de esperar, caen en el camino: hay batallas que no pueden ser ganadas ni con todo el empeño y las ganas del mundo. Pero otras superan los obstáculos y continúan andando, fortalecidas, con lecciones aprendidas y unas cuantas cicatrices que les impedirán olvidar el terreno recorrido y los avatares vividos.

Estamos hablando de bibliotecas escolares en el monte chaco-santiagoño argentino, o de bibliotecas rurales en los pequeños pueblos que jalonan los Andes septentrionales peruanos, o programas de lectura en la selva hondureña, o de biblio-botes en las orillas del lago de Nicaragua, y de muchísimas otras. Estamos hablando de bibliotecas que han demostrado que comprenden el rol que cumplen en su comunidad y que se comprometen con dicho rol y asumen su responsabilidad. Y, a la vez, asumen las consecuencias de tal decisión, que a veces se traducen en esfuerzos y mucho sacrificio, en derrotas y caídas, y en horas y más horas de trabajo voluntario. Todo ello para lograr objetivos que pasarán desapercibidos para los grandes *managers* bibliotecarios del sistema hegemónico, pero que allí, en los bordes, en los caminos al costado del mundo, significan un cambio o una diferencia para una persona, o una familia, o incluso una comunidad entera. Y eso es algo muy grande. Muy importante.

Todas esas bibliotecas actúan desde una posición de inconformismo, o de abierta rebeldía. Incluso, en algunos casos, de negación del *statu quo* y de activa resistencia ante formas de acción alienantes, agresivas, aculturadoras, despectivas, negadoras, invisibilizadoras... A veces esas bibliotecas han sido forzadas a actuar así: han sido arrojadas fuera del sistema por su ubicación geográfica, por las personas con las que trabajan, por la forma de pensar de sus trabajadores, por sus compromisos expresos o tácitos... Otras, son ellas mismas las que se colocan allí, conscientes de que dentro del sistema no les espera nada y de que fuera de él tienen todo por descubrir y son libres para pensar y actuar por su cuenta. Y conscientes, también, de todos los problemas y carencias que deberán afrontar por el mero hecho de estar "fuera".

Y, sin embargo, "fuera" encuentran una solidaridad que dentro —en sociedades cada vez más individualistas y competitivas, movidas por números y estadísticas, por egoísmos y vanidades, por logros...— no suelen hallar. Descubren —para su sorpresa— que hay vida fuera de la segura burbuja en la que el sistema hegemónico nos mantiene protegidos. Y encuentran que esa vida es muy interesante porque los pone en una situación en la que deben dar lo mejor de sí todo el tiempo. Al menos si pretenden sobrevivir.

Plantarse en una posición inconformista y rebelde significa analizar todo críticamente. En ese "todo" nos encontramos, en primer lugar, nosotros mismos. El pensamiento crítico obliga a desmontar todo lo que creemos saber —sobre nosotros, sobre lo que hacemos, sobre lo que creemos, sobre nuestros motivos, sobre nuestro entorno, sobre nuestra sociedad y nuestro mundo— y analizarlo para poder descartar lo falso, lo endeble, lo impuesto, lo preconcebido, y quedarnos con las migajas que tienen algún sentido verdadero. Sobre esas migajas hacen pie los críticos, y sobre ellas van construyendo sus estructuras, paso a paso. Pueden equivocarse, pueden errar, pueden verse forzados a cambiar de dirección una y otra vez. Pero lo harán libres y convencidos de sus valores, sus motivos y sus fines. Que no vienen impuestos desde arriba por una política, una cátedra, una moda o un gurú, sino por sus propias opiniones, intereses, interacciones, equivocaciones, pensamientos y reflexiones, ganadas todas a través de su experiencia cotidiana.

Como decía al principio, uno de los acervos de experiencias bibliotecarias más interesantes que existen es el de las *bibliotecas en los bordes*. He mencionado un par de ejemplos latinoamericanos porque son los que mejor conozco, pero las hay en todo el mundo. También en Europa, por cierto. Son esas bibliotecas las que nos muestran, con su trabajo diario, que hay otras realidades posibles. Nos recuerdan el valor del pensamiento crítico y del inconformismo, y la importancia de no aceptar pasivamente todo lo que nos viene dado. Nos indican, con ejemplos directos, las opciones que existen a la hora de abordar un determinado problema, y la enorme variedad de problemas a los que se puede llegar a enfrentar una biblioteca. Apuntan a un determinado rol bibliotecario —uno de los muchos posibles— y al compromiso que conlleva asumirlo. Muestran que el escenario en el que se desarrolla el trabajo bibliotecario dista mucho de ser monocromático, y que, así como existen inconvenientes, también hay muchas oportunidades de crecimiento y aprendizaje para la propia biblioteca. Apelan a nuestra responsabilidad como profesionales que manejan un bien —la información— y unas herramientas muy potentes, y señalan los cambios que el uso adecuado de ese bien y esas herramientas pueden lograr: cambios pequeños, pero no por ello menos relevantes.

Y también nos presentan el precio que suelen pagar los que se arriesgan a decir "no". Un camino al costado del mundo, un lugar en los bordes del sistema. Para algunos, un erial; para otros, un auténtico vergel.